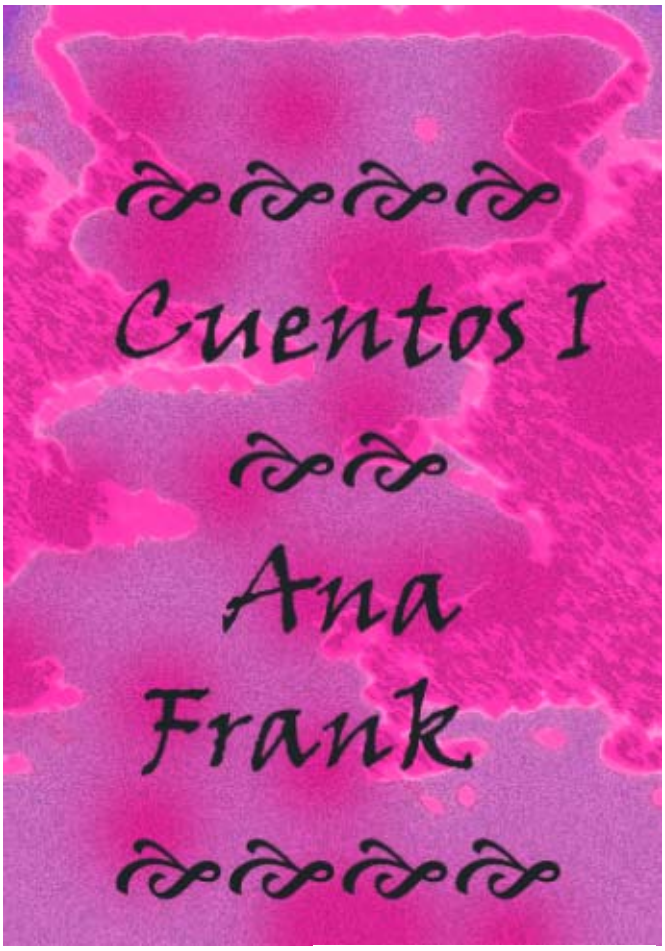
LIBRO dot.com

Cuentos I

Ana Frank



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

CUENTOS
ANA FRANK

LA CODICIADA MESITA

Martes 13 de julio de 1943

Ayer a mediodía, con el consentimiento de papá, le pregunté a Dussel si le parecía bien (y lo dije muy educadamente) que dos veces por semana yo utilizara la mesa de nuestra habitación también de cuatro a cinco y media de la tarde. Suelo usarla todos los días de dos y media a cuatro, mientras el señor Dussel se echa la siesta, pero después mesa y silla son terreno prohibido para mí. Allí, en la habitación común, por la tarde hay demasiado ruido para trabajar y, además, a papá también le gusta sentarse de vez en cuando en su escritorio. El motivo de la pregunta estaba justificado y ésta era pura formalidad. ¿Y qué crees que respondió el erudito señor Dussel? «¡No!» Simple y llanamente «¡No!». Estaba indignada, no dejé que me despachara sin más ni más y le pregunté cuáles eran sus motivos. Recibí un jarro de agua fría:

-¡Tú qué crees! Tengo que trabajar. Si me quitas la habitación y la mesa por la tarde, no me quedará nada de tiempo. Tengo que hacer mi trabajo. Por una cosa o por otra, aún no he empezado a hacerlo. Tú no haces nada razonable. Tu mitología, ¡y eso qué es! Y hacer punto y leer tampoco son ningún trabajo. ¡Ni hablar! ¡Te quedas sin mesa!

Yo contesté:

-Mi trabajo sí que es serio. Por la tarde no puedo trabajar bien ahí dentro. Por favor, piénselo otra vez.

Con estas palabras, la ofendida Ana se dio la vuelta como si fuera el Doctor Aire, al tiempo que yo ardía de rabia y encontraba a Dussel terriblemente maleducado (pues lo era) y a mí muy amable. Tan pronto agarré a Pim esa tarde le conté el decepcionante resultado y hablamos de lo que debía hacer ahora. Ni qué decir tiene que no iba a darme por vencida y que iba a intentar poner las cosas en orden por mí misma. Papá me dijo poco más o menos cómo debía abordar la situación, pero quería que esperara un día, ya que aún estaba bastante agitada. Hice caso omiso de este consejo y, después de fregar, me puse a esperar a Dussel. Papá estaba sentado en la habitación contigua y su proximidad me tranquilizaba y me daba valor.

-Señor Dussel -le dije-, probablemente no se habrá molestado en reconsiderar mi pregunta. Se lo pido por favor, piense en ello.

A lo que me respondió con la más amable de sus sonrisas:

-La cosa está decidida, pero estoy dispuesto á hablar de ella en todo momento.

Volví a exponerle la cuestión, interrumpida constantemente por él:

-Cuando usted llegó, señor doctor, se discutió perfectamente cómo se realizaría la división de la habitación que nos pertenece a ambos. Entonces se dijo que usted quería trabajar por la mañana y que yo tendría toda la tarde. Pero no es eso lo que le estoy pidiendo y debería admitir que dos tardes es justo para los dos.

Dussel dio un brinco como si le hubiera picado una víbora:

-No me hables de justicia. ¿Dónde voy a quedarme yo? Le preguntaré al señor Van Daan si quiere construirme arriba en el desván una especie de caseta de perro. Al menos así tendré un sitio. No tengo ningún lugar tranquilo para hacer mi trabajo. Contigo uno sólo tiene disgustos. Si me lo hubiera pedido tu hermana Margot, que tiene muchos más motivos para hacerlo, accedería de inmediato, pero tú...

Y luego otra vez las tonterías sobre la mitología y leer y hacer punto, y Ana estaba profundamente ofendida. Aunque no permitió que se le notara, sino que dejó que Dussel siguiera lloriqueando:

-Contigo no se puede hablar. Eres tremendamente egoísta. Cuando consigues salirte con la tuya, te da igual lo que les pase a los demás. Nunca he visto una niña así. Pero por esta vez voy a tener que ceder. Porque si no, más tarde Ana Frank suspenderá el examen porque el señor Dussel no le dejó la mesa de trabajo durante bastante tiempo.

Y así, siguió hablando por los codos ininterrumpidamente. No había nada más que oír. Mi primer impulso fue decir: «Le daría una bofetada que lo iba a estampar contra la pared, ¡viejo mentiroso!» Y luego pensé: «Tranquila, en realidad el hombre no se merece que te agites de esta forma.»

Cuando terminó de desahogarse, salió de la habitación con una cara que traslucía al mismo tiempo ira y triunfo. Como siempre, a escondidas, llevaba los bolsillos repletos de comida que Miep conseguía y le traía. Fui a ver a mi padre para contarle la conversación con pelos y señales, en caso de que no la hubiera escuchado él mismo.

Pim decidió hablar con Dussel esa misma noche, cosa que sucedió. Estuvieron hablando durante una media hora. Papá le recordó a Dussel que ya habían hablado una vez del tema y que entonces había cedido, por decirlo así, para no ser injusto con los mayores con respecto a los más jóvenes, pero que ya entonces no lo creyó justo. Dussel afirmó que yo había dicho que él era muy insistente y que se apropiaba de todo. Papá lo negó categórico porque él mismo había oído la conversación y sabía que de eso no se había dicho una palabra. Así que se pusieron a discutir; papá defendiendo mi supuesto egoísmo y mis «mamarrachadas»; Dussel quejándose, echando pestes, insatisfecho. Terminó cediendo y se acordó que yo podría trabajar dos días a la semana hasta las cinco. Dussel había perdido. No me hizo caso durante dos días, pero hacía valer su derecho y se sentaba a la mesa la media hora que va de las cinco a las cinco y media... como un niño pequeño.

Cuando alguien que tiene 54 años es tan pedante y tan tiquismiquis es porque la Naturaleza lo ha hecho así y seguro que ya nunca cambiará.

ANA Y LA TEORÍA

Lunes 2 de agosto de 1943

La señora Van Daan, Dussel y yo estábamos fregando y yo estaba, cosa que rara vez ocurre y que seguramente a ellos les habrá llamado la atención, inusualmente tranquila. Para evitar preguntas curiosas escogí un tema neutro y empecé una conversación sobre el libro Henry van de Overkant. Pero me equivoqué. Si no me echa la bronca la señora Van Daan, entonces seguro que lo hace Dussel. La cosa fue así: Dussel nos había recomendado el libro como algo especial. Margot y yo no lo encontramos nada del otro jueves. El chico está muy bien caracterizado, pero el resto... de eso preferíamos no decir nada. Yo simplemente puse mi opinión sobre el tapete. Pero ahí fue donde metí la pata estrepitosamente. «¿Y tú qué sabes de la mente de un hombre? ¡Si se tratara de un niño! Eres demasiado joven para un libro así. Un veinteañero apenas si puede entenderlo.» (¿Entonces por qué nos lo recomendó especialmente a Margot y a mí?) Y luego empezaron los dos:

«Sabes demasiadas cosas que no te conciernen en absoluto. Estás muy mal educada. Más adelante no habrá nada que te proporcione alegría o placer. Luego dirás: "¡Eso! Bah, eso ya lo leí en los libros hace veinticinco años." Apresúrate si quieres conseguir un hombre o enamorarte de verdad. ¡No habrá nada que te parezca bien! En teoría, tú eres perfecta, pero en la práctica la cosa es muy distinta.»

Al parecer, su idea de buena educación es hacer que me ponga en contra de mis padres en todo momento, cosa que hacen con mucho gusto. Y seguro que un método igual de extraordinario es no hablar nunca de temas para «adultos» con una chica de mi edad. A menudo, el resultado de semejante educación ha sido un enorme fracaso.

Me habría gustado darles una bofetada a esos dos con sus ridículos remilgos. Estaba desquiciada de rabia. No veía el momento de librarme de ellos. La señora Van Daan es la auténtica... De ella puede tomarse ejemplo. Sí, ejemplo... ¡de lo que uno no debe ser!

Tiene fama de indiscreta, egoísta, ladina, calculadora y de no estar nunca contenta con nada. Podría escribir un libro sobre la madama, y ¡quién sabe si no lo haré! Se le ve el plumero. Aparenta ser amable y agradable, sobre todo con los hombres, ¡pero sólo en apariencia! Mamá piensa que es demasiado tonta para perder el tiempo hablando de ella. Margot cree que es demasiado frívola. Pim dice que es odiosa (literal y personalmente). Después de mucho observarla, me he dado cuenta porque siempre soy imparcial- de que todas estas opiniones son ciertas y de que aún hay mucho más. Tiene tantas malas cualidades que no sé por dónde empezar.

Quiero rogarle al lector que tome buena nota de que esta carta fue escrita cuando aún no se me había pasado el enfado.

LA BATALLA DE LAS PATATAS

Después de cuatro meses de paz, interrumpidos por alguna que otra riña, hoy ha habido una gran pelea. Sucedió temprano por la mañana, cuando estábamos pelando patatas y nadie la esperaba. Explicaré en esencia la disputa. No pude seguirla muy bien porque todo el mundo hablaba a la vez.

La señora Van Daan empezó, como siempre, diciendo que los que no ayudasen a pelar patatas por la mañana tendrían que ayudar por la tarde. Nadie replicó y esto no vino bien a los Van Daan, porque un minuto después, el señor Van Daan dijo que lo mejor sería que cada uno pelase sus patatas, salvo Peter, ya que pelar patatas no era una tarea adecuada para los varones. (¡Puede apreciarse su tipo de lógica!)

Y el señor Van Daan siguió diciendo: -Además, no alcanzo a ver por qué los hombres tienen que ayudar siempre. Es una distribución del trabajo bien injusta. ¿Por qué habría de hacer uno mayor cantidad de trabajo comunitario que el resto?

En este punto, mamá Van Daan intervino al ver hacia dónde iba la discusión.

-Ah, señor Van Daan, ya veo lo que quiere decir usted, que los niños no trabajan lo suficiente. ¿No ve que cuando Margot no ayuda lo hace Ana, y viceversa? Peter tampoco ayuda, pero en su caso usted no lo considera necesario. ¡Bien, yo lo hallo innecesario para las niñas!

Entonces el señor Van Daan ladró y la señora Van Daan casi se atragantó con sus propias palabras, y Dussel trató de calmarlos y Mommy gritó. La alharaca fue pavorosa y allí

estaba yo, pobre de mí, contemplando a estos padres que se «suponía» sensatos arrancándose los cabellos o poco menos.

Las palabras volaban por los aires. La señora Van Daan acusó a Dussel de hacer un doble juego (lo cual yo comparto), el señor Van Daan dijo algo a mamá sobre el espíritu comunitario y comentó que trabajaba tanto que deberían tenerle lástima. De repente se puso a gritar:

-Tendría más sentido que los niños ayudasen un poco más en lugar de estar siempre sentados allí con la nariz hundida en los libros. ¡No hace falta que las niñas aprendan tanto! (Qué moderno es, ¿no?) Con mucha calma, mamá dijo que no llegaba a sentir lástima del señor Van Daan.

En ese punto, él volvió a la carga.

-¿Por qué las niñas nunca llevan las patatas arriba y por qué nunca traen el agua caliente, cuando después de todo no son tan débiles?

-¡Está loco! -gritó de repente mamá y esto me asustó, pues nunca creí que se atreviese a gritar. Además, Van Daan tuvo la osadía de decir que el lavado de vajilla que hace Margot mañana y tarde durante el año entero no era trabajo.

Cuando papá oyó lo sucedido, tuvo ganas de subir y decirle a Van Daan lo que pensaba, pero mamá consideró mejor decirle al hombre que si

cada uno se preocupa solamente por sus propias necesidades, cada uno deberá costearse sus propios gastos.

Mi conclusión es la siguiente: toda esta alharaca es típica de los Van Daan, que siempre vuelven sobre la misma cantinela. Si papá no fuese tan bueno con gente como ésa, les recordaría que nosotros y el resto les salvamos literalmente la vida. En un campo de concentración estarían haciendo cosas peores que pelar patatas, y aun que quitarle las pulgas al gato.

LA TARDE Y LA NOCHE EN EL ANEXO

Miércoles 4 de agosto de 1943

Antes de las nueve de la noche comienzan los animados preparativos para acostarse, algo que siempre supone un alboroto infernal. Se colocan las sillas en su sitio, se sacan las camas, se extienden las mantas. En realidad nada queda en su sitio durante el día. Yo duermo en el pequeño sofá, de aproximadamente un metro y medio de largo, y necesito una silla para alargarlo. Por el día llevo el edredón, las mantas, la almohada y las sábanas a la cama de Dussel.

Se oye el horrible crujir y chirriar de la habitación contigua: se «monta» el acordeón que Margot tiene por cama, al que se añaden cojines y mantas para hacer la tabla de madera un poco más confortable.

Uno podría pensar que arriba está tronando de no saber que es la cama de la señora Van Daan al ser empujada contra la ventana. «Su Alteza», en mañanita color de rosa, ha de respirar muy de cerca el fresco ozono por su bonita naricilla.

Nueve. Cuando Peter ha terminado, entro en el cuarto de baño para lavarme a conciencia, con lo que, a menudo, una pequeña pulga pierde la vida.

Luego toca cepillarse los dientes, rizarse el pelo, hacerse la manicura, usar el algodón con desmaquillador, y todo ello en ¡tan sólo media hora!

Nueve y media. Me pongo a toda prisa el albornoz; en una mano, el jabón; en la otra, horquillas, bigudís, algodón y todo lo demás; la ropa sucia, bajo el brazo, y fuera. Pero a menudo suelo tener que volver porque he llenado el lavabo de bonitos pelos castaños, algo que al parecer no le gusta a mi sucesor.

Diez. Oscurece abajo. Buenas noches. Durante un cuarto de hora se oye el crujir de las camas y el gemir de colchones de muelles estropeados. Luego todo está en calma, a no ser que arriba haya alguna disputa conyugal.

A las once y media se oye la puerta del cuarto de baño. Entra un débil rayo de luz, se oye un arrastrar de zapatillas. Aparece Dussel, con un abrigo ancho,

demasiado grande para él, después de terminar de trabajar en el despacho de Kraler. Se pasa diez minutos dando vueltas, haciendo ruiditos con el papel de las vituallas que tiene escondidas, se hace la cama ceremoniosamente, vuelve a desaparecer y, de vez en cuando, salen sonidos sospechosos del servicio.

A las tres suelo levantarme para hacer aguas menores. Bajo la lata que usamos para eso hay, para mayor seguridad, un trozo de alfombra de goma, en caso de que la cosa empiece a gotear. Yo aguanto la respiración, porque al dar contra la chapa hace el mismo ruido que un riachuelo sobre los guijarros. La silueta blanca que todas las noches importuna a Margot diciéndole «¡Oh, ese indecente camisón!» desaparece rápidamente bajo las mantas.

Luego, durante un cuarto de hora, escucho los sonidos nocturnos. Primero, por si pudiera haber un ladrón abajo; después, oigo a los distintos vecinos: arriba, al lado y junto a mí, de donde podría hacerse todo un compendio de su forma de ser. Algunos duermen profundamente, otros están medio despiertos. No es nada agradable, sobre todo cuando se trata del señor Dussel. Primero suena como si fuera un pez tratando de tomar aire, unas diez veces más o menos. Luego se humedece los labios ruidosamente, mientras se mueve de un lado a otro, agarrando la almohada hasta que encuentra la postura adecuada. A continuación repite todo este proceso, a pequeños intervalos, al menos tres veces, hasta que el buen doctor finalmente logra arrullarse.

A menudo sucede que se oyen disparos por la noche, entre la una y las cuatro. Aún no logro entenderlo del todo y me quedo de pie, medio despierta, junto a la cama. A veces también sueño con los verbos irregulares franceses o con una pelea conyugal de los de arriba. Más tarde me doy cuenta de que afortunadamente dormía mientras sonaban los tiros. Pero la mayor parte de las veces pego un respingo, agarro la almohada y un pañuelo, me pongo el albornoz y las zapatillas y me voy con mi padre, en busca de protección, tal como describe Margot en una poesía de cumpleaños:

Todas las noches, al primer ruido, en nuestra habitación, acto seguido, una adorable niña de la cama salta y en la cama de su papá se planta.

Cuando llego a la enorme cama, ya me he repuesto del tremendo susto si los tiros no han sido muy espectaculares.

Siete menos cuarto. Prrrr, arriba, el despertador que todos los días (tanto si hace falta como si no) nos hace llegar su voz. Crac... zas, la señora Van Daan lo ha apagado. Ñiiic... su marido acaba de levantarse. Calentar agua y rápidamente al cuarto de baño.

Siete y cuarto. Vuelve a crujir la puerta. Dussel puede ir al baño. Yo estoy sola, la oscuridad ha desaparecido y ha comenzado un nuevo día en el anexo.

HORA DE COMER

Jueves S de agosto de 1943

Son las doce y media: todos volvemos a respirar. Los empleados se han marchado. Arriba suena la aspiradora con la que la señora Van Daan arregla amorosamente la alfombra, esa «excelente pieza». Margot toma los libros bajo el brazo y va a ver a su alumno, Dussel, que es algo duro de mollera, para darle clases de neerlandés. Pim se retira con su querido Dickens a un rincón tranquilo, para disfrutarlo. Mamá sube un piso más arriba para ayudar un poco a tan eficiente ama de casa, y yo voy al cuarto de baño para ordenarlo y arreglarme yo un poco.

Una menos cuarto. Poco a poco van subiendo todos, Van Santen, el señor Koophuis o Kraler, Elli y la mayor parte de las veces también Miep.

Una. Se escuchan atentamente en la radio las noticias de la BBC. Es el único momento en el que los inquilinos del anexo no se interrumpen unos a otros, porque aquí está hablando alguien a quien ni siquiera el señor Van Daan se atreve a contradecir.

Una y cuarto. Pequeño almuerzo. Cada uno recibe un tazón de sopa y, si hay postre, un trozo. Henk Van Santen se sienta en el diván con el periódico, satisfecho, el gato a su lado, el tazón en la mesa, claros complementos de su comodidad. El señor Koophuis cuenta las novedades de la ciudad. Es una excelente fuente de información. Kraler sube la escalera dando atropellados saltos, un pequeño golpe, luego entra frotándose las manos, animado si está de buen humor, o callado y abatido, todo dependiendo de su estado de ánimo.

Dos menos cuarto. "Los invitados se despiden y cada uno se pone a trabajar de nuevo. Mamá y Margot friegan, el señor y la señora Van Daan se van a dormir, Peter desaparece en su guarida, papá se tumba un rato, Dussel también, y yo me pongo a leer o a escribir. Es el mejor momento. Cuando todos están durmiendo y nadie me molesta.

Dussel sueña con una buena comida. Se le nota en la cara. Pero no me quedo mucho tiempo estudiándolo, porque el tiempo pasa deprisa y a las cuatro y un minuto el muy pedante ya está a mi lado, quejándose de que aún no he despejado la mesa.

EL ANEXO CON OCHO PERSONAS A LA MESA

Jueves S de agosto de 1943

¿Qué aspecto tiene la mesa del comedor? ¿Cómo se comportan los distintos comensales? Uno es ruidoso, el otro callado; uno come mucho, el otro poco; todo depende.

El señor Van Daan abre el baile. Es el primero en servirse y toma de todo, en abundancia... cuando es de su gusto. Mete las narices en todo, se entromete en todo, da su opinión de forma tajante y, cuando ya la ha expuesto, no hay más que hablar. ¡Y pobre del que se atreva a contradecirle!, porque entonces bufa como un gato... y cuando uno ya ha pasado por eso una vez, seguro que se guardará bien de una segunda. El suyo es el único punto de vista válido, él lo sabe todo mejor que nadie. Bueno, es bastante avispado, pero su arrogancia no es moco de pavo.

La señora. Mejor sería que me callara. A veces, especialmente cuando está de mal humor, preferiría no verla. En realidad ella es la culpable de la mayoría de las discusiones. ¡No el objeto! Ah, no. Todos se cuidan muy mucho de enfrentarse a ella, pero ella es la

instigadora. Incitar, ¡eso sí se lo sabe al dedillo! A la señora Frank y a Ana. A papá y a Margot no resulta tan sencillo. Ellos no muestran puntos débiles.

Volvamos a la mesa: la señora Van Daan no se queda corta por muchas ilusiones que se haga. Las patatas más pequeñas, los mejores bocados. De todo, lo mejor; ése es su lema. Los demás sólo consiguen algo cuando ella ya ha pillado lo mejor. Y mientras tanto, habla sin parar. Le da igual tanto si alguien está escuchando o se muestra interesado como si no. Está convencida de que sus valiosas palabras son un placer para todos.

Sonriendo con coquetería, se comporta como si lo supiera todo, acostumbra dar consejos a todo el mundo, ejerce de madre un poco y con ello piensa que causa la mejor impresión. Pero si uno se fija bien se da cuenta de que no vale mucho. Diligencia: uno; alegría: dos; coquetería: tres. Todo muy bien envuelto, así es Petronella Van Daan.

El tercer comensal. No se le oye mucho. El joven señor Van Daan pasa la mayor parte del tiempo en silencio y no le gusta llamar la atención.

Debe de tener una especie de tonel de las Danaides por estómago, porque cuando la comida es abundante y después de haberse zampado una cantidad asombrosa, afirma con cara muy seria que podría haber comido el doble con suma facilidad. El número cuatro es Margot. Habla muy poco v' come como un pajarito. Lo único que le gusta es la verdura y la fruta. «Mimada» es el veredicto de los Van Daan. Nuestra opinión, por el contrario: «Demasiado poco aire y movimiento.»

A su lado, mamá. Come bien, habla mucho y gustosamente. Al verla, a nadie se le ocurriría: ésta es el ama de casa, tal como le gusta destacar de sí misma a la señora Van Daan. ¿La diferencia? La madama cocina y mamá tiene que limpiar y fregar. Números seis y siete. Sobre papá y yo no quiero hablar mucho esta vez. Pim es el más comedido de todos. Siempre mira primero si los demás tienen para ellos. Nunca necesita nada, lo mejor siempre es para los niños. Es el paradigma de todo lo bueno y lo grande... y a su lado se sienta el manojo de nervios de la casa.

Doctor Dussel. Toma, no mira. Come, no habla. Sin embargo, cuando hay que hablar, afortunadamente sólo de la comida, al menos no provoca ningún conflicto, como mucho fanfarronea un poco. Es capaz de devorar porciones enormes, nunca dice « no», no cuando se trata de comida, aun cuando no le guste mucho. Lleva muy subidos los pantalones, suele usar una chaquetilla roja, pantuflas negras y unas gafas de concha oscuras sobre la nariz. Así te lo encuentras en nuestra mesa de trabajo, a la hora de la comida, cuando se echa la siesta y cuando va a su lugar preferido, el servicio.

Tres, cuatro, cinco veces al día a alguno de nosotros le toca esperar con impaciencia ante la puerta del servicio, saltando sobre un pie y luego sobre el otro, casi sin poder aguantar más. ¿Y crees que se inmuta por ello? ¡Ni pensarlo! De las siete y cuarto a las siete y media, de las doce y media a la una, de las dos a las dos y cuarto, de las cuatro a las cuatro y cuarto, de las seis a las seis y cuarto y de las once y media a las doce; ya puede uno ir tomando nota de estas sentadas. Nunca se desvía de esta costumbre, ni siquiera cuando una voz suplicante ante la puerta vaticina una desgracia inminente.

El número nueve no es ningún miembro de la familia del anexo, pero sí convecino y comensal. Elli tiene buen apetito, no es exigente y no deja nada en el plato. Se alegra con cualquier cosa, lo cual es un auténtico placer para nosotros. Siempre está contenta y de buen humor, y es atenta y amable, unas cualidades realmente buenas.

CUANDO EL RELOJ DA LAS OCHO Y MEDIA

Viernes 6 de agosto de 1943

Margot y mamá están nerviosas: «Chist... papá, calla Otto, chist... Pim.»

«Son las ocho y media. Vamos, ya no puedes abrir el grifo; ¡no hagas ruido!» Ésas son las distintas advertencias para papá, que está en el cuarto de baño. A las ocho y media en punto ha de estar en la habitación. Nada de abrir los grifos, nada de usar el retrete, nada de moverse, silencio absoluto. Cuando no hay nadie abajo en la oficina, más abajo, en el almacén, los ruidos se oyen aún más.

Arriba la puerta se abre a las ocho y veinte y al poco rato suenan tres golpecitos en el suelo... la papilla para Ana. Subo las escaleras y recojo el platillo del perro.

Otra vez abajo, todo sucede deprisa, muy deprisa: peinarse, quitar la cazuela de en medio, apartar la cama. ¡Silencio! ¡Suena el reloj! La madama se cambia de zapatos y se pone a arrastrar los pies por la habitación con las pantuflas, el señor...

Charlie Chaplin, también en pantuflas, todo está en silencio.

Éste es el punto culminante de la escena familiar «ideal». Yo me pongo a leer o estudiar, lo mismo que Margot y papá, y mamá también. Papá se sienta (con su Dickens y el diccionario, por supuesto) al borde de la desgastada y ruidosa cama, en la que ni siquiera hay un colchón como es debido; él se las arregla con dos almohadas: «Bah, no, no lo necesito, así está bien.»

Cuando está leyendo no levanta la vista, a veces se ríe y trata de contarle a mamá una historia quiera o no quiera: «Ahora no tengo tiempo.» Durante un rato largo se muestra decepcionado, luego sigue leyendo hasta que al poco tiempo vuelve a dar con algo especial y lo intenta de nuevo: «Mamá, deberías leer esto.»

Mamá, sentada en la cama plegable, se pone a leer, coser, hacer punto o estudiar lo que surge en ese momento. De repente se acuerda de algo. Contado rápidamente:

«Ana, sabes... Margot... apunta un momento... »

Después de un rato todo vuelve a quedar en silencio. Margot cierra su libro de golpe, papá arquea las cejas, describiendo un gracioso arco, luego vuelve a aparecer la arruga de la lectura y él vuelve a ensimismarse en su interesante libro, mamá habla en voz baja con Margot y a mí me pica la curiosidad y me pongo a escucharlas.

Pim también se deja enredar... ¡Las nueve! ¡Hora de desayunar!

¡MALVADOS!

¿Quiénes son los malvados aquí? ¿Los verdaderos malvados? Los Van Daan.

¿Qué sucede ahora? Voy a contarlo.

La verdad es que tenemos todas esas pulgas en la casa por culpa de la negligencia de los Van Daan. Hace meses que venimos advirtiéndoselo: «Lleven ese gato al exterminador.» La respuesta siempre fue: «Nuestro gato no tiene pulgas.»

Cuando quedó bien probado que había pulgas y que la picazón nos impedía dormir de noche, Peter, que tenía lástima del gato, lo revisó y en verdad las pulgas le saltaron a la cara. Se puso a trabajar entonces, peinó al gato con el peine fino de la señora Van Daan y luego lo cepilló con el único cepillo que teníamos. ¿Y qué apareció?

¡Por lo menos un centenar de pulgas! Pedimos consejo a Koophuis y al día siguiente lo llenamos todo de un polvo verde asqueroso. No dio resultado. Usamos entonces una bomba

con una especie de «Flit» para pulgas. Papá, Dussel, Margot y yo trabajamos mucho tiempo, frotando,

barriendo, fregando, echando líquido con la bomba. Estaba todo lleno: ropas, mantas, pisos, sofás, cada rinconcito. No dejamos nada sin rociar.

Arriba también, en el cuarto de Peter. Los Van Daan dijeron que no era necesario fumigar su cuarto. Insistimos en que fumigasen por lo menos su ropa, sus mantas, sus sillas. Prometieron hacerlo. Se llevó todo al desván y podría pensarse que lo fumigaron. ¡No lo crea nadie! Es fácil engañar a los Frank. No hicieron nada v no había olor.

La excusa fue que el olor a insecticida les arruinaría las provisiones.

Conclusión: la culpa es de ellos por haber traído las pulgas aquí. A nosotros nos tocan las picaduras, el mal olor, la molestia.

La señora Van Daan no soporta el olor de noche. El señor Van Daan finge fumigar, pero vuelve con las sillas, mantas, etc., sin fumigar. Que se ahoguen los Frank bajo las pulgas.